

GOLPEARE AL PASTOR:

¿QUIEN ASESINO AL OBISPO ANGELELLI?

ARTURO PAOLI

Enrique Angelelli murió el 4 de agosto pasado en un extraño accidente que fundadamente es tenido como asesinato. Era obispo de La Rioja, pequeña provincia áspera y pobre en el centro-oeste de Argentina, al pie de los Andes. Un hombre robusto, amante de la vida, entrañado en el pueblo. Con él caminaba, como Jesús, el via-crucis de la liberación. Por eso lo mataron. Pensarían que, como dice la frase bíblica, golpeado el pastor se dispersaría el rebaño (Zac 13,7). No saben que, si es verdad que cuando mataron a Jesús los apóstoles se dispersaron, también es verdad que Jesús resucitó y su Espíritu volvió a congregarlos (mc. 14, 26-28). A eso alude en el título Arturo Paoli, autor de este testimonio emocionado.

La calle de asfalto que sale de Córdoba, la ciudad más importante de Argentina por su desarrollo industrial y tradición cultural, de repente se vuelve angosta además de pobre, escabrosa y accidentada. Una miserable capa de asfalto impide apenas que las piedras puntiagudas como los cardos, que se encuentran en los bordes de la calle, agujereen los neumáticos. Los automóviles tienen que transitar por un solo canal además de tener que apartarse muy a menudo sobre la rocosa acera para adelantarse. Esta zona limítrofe se llama "Punta de los Llanos". Después de haber pasado la pintoresca Sierra de Córdoba, evidentemente cuidada para acoger a los turistas y ocupada en todas sus ondulaciones por quintas y casinos cuyos lujosísimos atüendos son celebrados o vituperados, se entra en una llanura desierta de hombres. Las cabras flaquísimas, que comen no se sabe qué, están allí adentro en esa masa de espinos, viven unos hombres.

Quien supera el trance de esta travesía cruza por una puerta vigilada, como debían ser las puertas de las ciudades castillos de la Edad Media, pasa por el cinturón de miseria de los míseros ranchos de barro y llega a una plaza aristocrática suavizada por los árboles y por la humilde y exquisita cortesía de la gente que, por turno, está allí como en un salón. De allí, de esta plaza, salen caminos que inmediatamente suben por los valles y se abren en

abánicos sobre panoramas imponentes de otro planeta. Preparado por su valiente travesía del llano, el turista que sigue su viaje hacia el norte o el este, recuerda como un lejano pasado burgués su paso por la sierra de Córdoba. Todo lo que aparece ante sus ojos es grandioso, austero y viril. En la sierra de Córdoba el hombre aceptó el don de la naturaleza, y, reduciéndola a su medida, la degeneró. El hombre riojano dejó que Dios fuera Dios y que la belleza no perdiera su función de desafiar al hombre, de asombrarlo para arrancar de él la mezquindad que determina sus relaciones y todo aquello que él llama creación.

El, el hombre cuyo recuerdo me atormenta y me pacifica al mismo tiempo, le contaba a menudo a sus amigos que allí donde el asfalto moría y empezaba la calle pobre, él había bajado del automóvil, se había arrodillado y había besado esta frontera. Recordó las palabras que representan el obligado prelude de una vida que se ha escogido: "Renuncia a tu país, a los de tu raza, a la familia de tu padre y ve a la tierra que te mostraré". Justamente allí, donde empieza la calle de los pobres, ocho años más tarde, el Obispo cayó. Aquellos que querían borrar las pruebas del asesinato lo dejaron abandonado seis horas en el camino. La sangre entró lentamente en aquella tierra que era realmenté suya. El vehículo que lo transportaba incansablemente por su inmensa diócesis deshabitada (un habitante por

Km2) fue relevado inmediatamente para que no documentase el asesinato. Y el cuerpo quedó como prueba —los asesinos no lo pensaron— de aquella comunión que existía entre el ciudadano de la aristocrática Córdoba y la tierra Riojana.

Muchas veces he comparado el beso del Obispo Angelelli con el beso de San Francisco en el rostro de un leproso. El gesto puede parecer teatral, y lo es, cuando el beso no representa compromiso y no se encarga de nada ni de nadie, pero aquel fue el beso del esposo. Me contaba que todo su ser le gritaba que se voltease hacia atrás, hacia la calle rica, que no se dirigía solamente hacia los casinos y hacia las quintas llenas de ocio sino también hacia los amigos y obreros de los barrios de Córdoba. Es decir hacia aquellas comunidades a las que visitaba muy a menudo con su moto y a las que animaba para que defendiesen su derecho al trabajo, a la casa y a la vida. Pero sintió que allí, donde muere el asfalto, lo esperaba el leproso que no puede sobrepasar la frontera. Y el beso era prueba del pacto al que no faltó durante 8 años. Desde aquel preciso instante, lo que quedaba a sus espaldas ya no le pertenecía, mientras aquello hacía lo que se dirigía, se transformaba en su nueva patria. Nacía en él una manera de pertenecer a la tierra riojana que era muy original. No la sentía con aquel estilo insolente que tienen aquellos que poseen el poder y hablan de la ciudad que administran como de "su ciudad" así como se ha-

bla de una propiedad que poseen por derecho hereditario. Su temperamento telúrico, capaz de asimilar por todos los poros, lo habría ayudado a conocer en poco tiempo esta tierra fascinante, su historia, gente que había sufrido como ningún otro argentino. El supo siempre volver a dar la dignidad a su gente que cada día se vuelve más escasa por el empobrecimiento de la tierra. Se había familiarizado con la historia de su heroica resistencia al proyecto centralizador de la metrópoli que había unificado todas las provincias destruyendo su identidad y centralizando todos los recursos económicos. Uno de los jefes de la resistencia, uno de aquellos caudillos carismáticos que encausan la rebelión del pueblo, fue decapitado en una plaza de esta provincia. Los adversarios y admiradores del Obispo casi siempre lo identificaban con el nombre de general en alpargatas. El Chacho Angelelli, se decía para referirse al Chacho Peñaloza. Se sabía que el obispo no perdía oportunidad para exaltar a una raza que había preferido la libertad antes que la prosperidad económica y aquel que para los metropolitanos es un pueblo de harapientos e idealistas, se transformó a sus ojos en un pueblo de artistas, de contemplativos, de héroes. Cuando se daba cuenta de que en su apología, el amor y la conmoción lo separaban de aquella realidad humana en la que se sumergía, concluía con su sano humorismo, ya que la Rioja es como todas las cosas humanas, como nosotros, cielo y barro. Y cuando el grupo de los oyentes se hacía más íntimo, la comparación se hacía más gráfica y culminaba con aquel sonreír suyo con ojos húmedos, que era (a lo mejor) la apología más bella y más realística.

La identificación con el pueblo explica la coherencia de su programa pastoral, a menudo resistido también por aquellos que quería rescatar de siglos de opresión y de aquella inercia fatalista de quien se sabe excluido en todos los planes de progresos político y económico.

En la catedral sobresale un San Nicolás de madera negra, austero y arrogante, con sus ricos mantos obispaes. Tan arrogante que el pueblo lo venera con miedo supersticioso. San Nicolás es malo, dice el pueblo, y, profundizando el sentido de esta expresión bastante incompatible con la santidad, el pueblo quiere decir que San Nicolás exige de sus devotos absoluta fidelidad a la promesa, si no, se venga.

En otro templo que es una joya artística, que atestigua el origen antiguo y la historia no vulgar de la ciudad, es venerado el Niño Alcalde, una extraña estatua que representa un niño blanquísimo, vestido de guerrero con la espada y un yelmo



Siguiendo las huellas del P. Las Casas

plumado. Sus mejillas sonrosadas, su sonreír de muñeca, aseguran al pueblo que no lanzará a los suyos los castigos del áspero San Nicolás. El yelmo plumado, la espada y el manto de terciopelo rojo son el traje de juego como para todo niño; al Niño de la iglesia de los frailes le gusta jugar al guerrero. Las dos estatuas fijan una leyenda bastante importante para la historia y la visión antropológica del pueblo riojano.

En tiempo de la conquista, los indios decidieron tomar por asalto la ciudad ocupada por los blancos, llegaron a las puertas de la ciudad en un lugar que se llama "Las Padercitas". Como portador de paz, fue hacia ellos San Francisco Solano, un franciscano que convencía a la gente a su fe con la sola palabra, milagros y, sobre todo, con el violín que tocaba angélicamente. Los indios no querían obedecer a un alcalde que tenía fama de ser tiránico. Y el santo los convenció diciendo que el verdadero poderoso no era un blanco, sino el Niño de Jesús a quien todos debían obediencia. En conmemoración de esta victoria de los blancos sobre los indígenas, cada año, el primero de enero, a mediodía, en el momento en el cual el sol se ensaña implacable sobre las pobres cabezas descubiertas, San Nicolás baja desde su trono altísimo, el Niño Alcalde sale desde su aristocrático templo, y el obispo negro se arrodilla tres veces delante del niño guerrero en un silencio general de toda la Rioja reunida en la plaza. Dios aliado con el blanco, constituye el poder que han de reconocer y aceptar por los siglos de los siglos. No hay ninguna duda que la alianza de la espada y de la cruz que fue la fuerza de la conquista, ha dado sus frutos. En otros lugares de América Latina, el blanco ha escondido su fe-

roz codicia y rapiña detrás de la imagen cándida de un Dios-niño o de la Virgen, las leyendas siguen contandólo. Bajo estas expresiones de religiosidad popular se encarna la fórmula sagrada "rey o jefe o alcalde por decreto y gracia de Dios". Los tiempos cambian, pero esta voluntad divina sellada por apariciones o por visitas de santos que nunca han soñado pasar por allí, fijan para siempre el derecho del conquistador.

Esta tradición separa todavía la gente de la Rioja en dos partes: los blancos secuaces del Niño Alcalde; los indios, los esclavos del lado de San Nicolás. El obispo preside la procesión de San Nicolás y se arrodilla con San Nicolás tres veces delante del Niño Alcalde. Para el Obispo Angelelli esta tradición se hizo historia: él tomó la parte del pueblo, se identificó con los indígenas. Hizo suyo el gesto de sumisión al Cristo en el cual creía profundamente, pero pretendió vaciarlo del veneno de los conquistadores. Reconocer al Niño Alcalde era reconocer que nadie de carne y huesos tiene el derecho de dominar y de poner los pies encima de sus hermanos. El gesto de humillación y de sumisión podría también significar "no tendrás otro Dios más que yo". Los descendientes de los blancos advirtieron enseguida que este Obispo no quedaba envuelto en las intrincadas mallas del culto, no se extasiaba frente al espectáculo de todo el pueblo apaciguado, unido en una común devoción. El gesto de fe se rescata de toda la malicia y se hace gesto de libertad. No obstante su intención pacífica, los "aristócratas" sienten enseguida que el obispo no los apoya, se atrincheran en el templo haciéndolo alcázar de la resistencia antipopular. Usan todos los medios para sofocar este resurgir del rechazo de los indios. Recurren a un medio estúpidamente humorístico para difamar la figura del obispo: queriendo burlarse de su nombre, lo llamaron Satanelli. Todos aquellos que se han acercado a él, aun por poco tiempo, saben que han encontrado a pocas personas que tienen el alma en los ojos, en el rostro, como él. Estando yo cerca de él pensé muchas veces en lo que decía Raissa Maritain sobre León Bloy: que era parecido a las antiguas catedrales, ennegrecidas en su superficie por el tiempo, que a la mínima incisión de un cincel, muestran el blanco de la piedra. Ninguna huella de hipocresía en él que vivía bajo los ojos del pueblo.

Fue suficiente su fidelidad hacia el pueblo para evidenciar que existe una religión opio, que sustenta a los poderosos y encubre maniobras interesadas y opresivas. El desenmascaró la conspiración, no con el ateísmo, sino con la fidelidad al culto verdadero. Proféticamente una vez proclamó que el verdadero culto hacia

Dios consiste en no marginar y pisotear a nadie. La oligarquía no dudó en usar la fragilidad de la estructura religiosa y el gansterismo político y económico para defender posiciones que conservaban por lo menos desde tres siglos. Pero el bondadoso obispo aparentemente sencillo como un adolescente, no depuso las armas un momento, defendió con coherencia a su pueblo en contra de todos y de todo.

No era un temperamento político y puedo afirmar con seguridad que nunca dio su nombre a un partido o a un movimiento político; fue coherentemente profético y se alzó en contra de todos los poderes. En la ciudad conservadora de Argentina quedará inmortal el gesto del obispo que abandona el pan y el vino sobre el altar, al empezar el canon de la misa, pasa entre la muchedumbre que llenaba la catedral en el silencio de los grandes dramas, y se dirige a las autoridades convocadas por él en su misma sede, para denunciar la injusta detención de sus hermanos, entre los cuales había un sacerdote. Su opción impuso una decisión: o con él al lado del negro Nicolás, con los pobres, con el pueblo, o en su contra al lado de los opresores, de los blancos. Todos recordarán cuando, en el atrio de la catedral, asistía al recibimiento de un general-presidente ostentando la desilusionada impasibilidad del pueblo que en él expresaba condena. El había aceptado cortésmente la invitación del gobernador, cuando se trataba de organizar esta visita ilustre. Escuchó atentamente sin interrumpir los detalles de la exhaustiva jornada: a las 9, aterrizaje en el aeropuerto; a las 9.05, encuentro con el obispo en el salón de honor; a las 12.25, almuerzo con el obispo; a las 13, una breve visita a la catedral para confiar al Altísimo cuanto quehacer le daba la administración de aquella pequeña porción de su familia. . . Al final sonrió: ¿me permite, señor gobernador, agregar un detalle? Es que el obispo no irá a recibir al Presidente. El obispo no puede estrechar la mano del que oprime a su pueblo.

No han desaparecido del todo de la iglesia esos obispos de los cuales San Ambrosio decía que eran de oro y que consagraban el vino en cálices de madera. Todavía hay, pero están ocultados por una historia diplomática que se proclama lista y prudente y cubre con su miserable mediocridad hasta los gestos proféticos del Papa como su "Non licet" al potentísimo Franco y la afirmación del derecho de Angola a su libertad. La profecía se hace pasar por un alboroto que los buenos directores de primaria saben oportunamente silenciar. Así estos destellos de la Iglesia profética están eclipsados por lo gris de la historia de una institución que fue puesta por Dios para gritar libertad. Yo,

que he estado cerca de este obispo más por amor que por trato, puedo afirmar que era completamente ajeno a la pasión por lo aparatoso, la búsqueda de la ocasión por el acto heroico. Sé que por dentro temblaba: la duda y el sufrimiento de estar solo en asumir la responsabilidad de una decisión, estaban tan dolorosamente en contraste con su carácter optimista, inclinado a no disgustar a nadie, y en la intimidad su índole desbordada y se descubriría aquella fragilidad de adolescente que era el secreto de su encanto. Pensé muchas veces en Jeremías, en su protesta: porque él, el pacífico campesino de Anatoch, él, nacido para cantar serenatas en las noches de luna a la bella de su aldea, ¿por qué tenía que vivir en contien-



Mons. E. Angelelli, asesinado en la Argentina

da permanente contra los sanguinarios y los detentores del poder?

Su denuncia no era doctrinaria pero nacía de la permanente solidaridad con su pueblo. Un día de desafío a un general se terminaba en un encuentro tranquilo, despreocupado, en una pobre mesa de gente humilde, que compartía con su jovialidad contagiosa. Me sentía lleno de admiración al ver cómo pasaba de una situación sumamente incómoda a estos momentos de alegría. Nunca he notado en él la bufonería tan repugnante, bastante difundida en las sacristías: su alegría ruidosa era la expresión del gusto de estar con la gente. Sí, la vida era dura, y el ser hombre de sangre y de problemas no era agradable, pero están los amigos, existen Doña Nicolasa y Don Martín y todos aquellos que te hacen sentar en un trono, porque sillas no hay, pero te reciben con el corazón en la ma-

no; y todos los surcos excavados por las privaciones se vuelven surcos de luz, cuando viene el obispo, con una botella de buen vino riojano, un pan y una lata de sardinas. Su constante posición de línea no le impidió nunca la alegría de vivir, que es la alegría de sentirse acogido.

"Su maestro come con los pecadores. . ." El encontraba la alegría de vivir fuera de la "25 de Mayo", como llamaba el sitio que comprende la catedral y todos los palacios del poder, y se extiende para acoger a las familias de la vieja aristocracia. Aquellos "blancos" que se hacen representar por el Niño Alcalde y que tienen su Club, su templo y están furiosos por no tener su propio obispo. Mientras ellos en su club comentan la escandalosa inconformidad del Obispo Angelelli, él goza en una choza de barro el milagroso arraigo a la vida de viejos que no conocen las lujosas reuniones y las jubilosas iniciativas de los "blancos", el alboroto alegre de los niños con los pantalones desgarrados y con el cuerpo en un permanente déficit de alimentos. En verdad aquella era su casa y su gente.

De su familia de emigrantes italianos, que pasaron de la pobreza a un bienestar del cual temía la extralimitación en la riqueza, había heredado la capacidad de no dejar huir la alegría del presente pobre por la espera de un mañana opulento.

"Lo poco es mucho para quien no tiene sino poco. . ." se hacía, en él, vital y se expresaba en la totalidad con la cual acogía los destellos de alegría que le concedía la vida.

Haber asumido con coherencia la marginación de los pobres y haber hecho de ello el contenido dialéctico de su evangelización, su aceptación constante de vivir luchando le daba el derecho de proclamar: "Bienaventurados los pobres, bienaventurados los que lloran, bienaventurados los hambrientos y los sedientos de justicia. . ." La felicidad del evangelio si no está proclamada por una situación de lucha en contra de la injusticia, suena como una burla y quema a la persona que la pronuncia desde la orilla de aquéllos que hacen llorar, que hambreadan, que encadenan la libertad.

La vida entre el pueblo había liberado su fe de las formas idealísticas: su fe era, como la del pueblo, una manera de ver la vida, de gozarla como don, de esperarla desde la cruz por la bondad del Padre y la solidaridad con los hermanos. No se veía en él la presencia de aquellos recovecos oscuros, que esconden motivaciones, y en muchas personas religiosas son como reserva misteriosa de su prestigio y de su superioridad. Como quien hablara de riquezas fabulosas que posee en un país inalcanzable. En Angelelli, todo esta-

ba a la vista, incluso la fe: lo que pensaba se hacía visible en su cuerpo tan ancho pero no vulgar. Era evidente que su corpulencia estaba hecha para acoger la vida y no para acumular egoísticamente reservas; era la constitución del luchador y no del burgués jubilado.



Mons. Leonidas Proaño perseguido en Ecuador.

Guardaré de él siempre una imagen, la que se delineó en la luz en la altura rocosa de Siriyaco. Eramos tres, en aquel desierto de piedra, en aquel espacio que, como pocos he visto, deja que Dios sea Dios; encontramos una cruz en una altura. La había cavado en la roca un español, que había construido cerca una casa y un molino. El conjunto, ya en ruina, llevaba signos de una genialidad y de un espíritu excepcionales. Este hombre que la gente recuerda como pequeño de estatura y de cuerpo delgado, había cavado canales en la piedra para el agua, había producido energía eléctrica, había transportado, no se sabe cómo, moles de piedra que muchas personas juntas mueven con mucha dificultad. Todo lo había hecho acompañado por una mujer fragilísima, que conocí después, y que, entre otras cosas, le daba un hijo por año. Su soledad, las increíbles creaciones de sus manos, su estilo brusco y taciturno, la extraña mezcla de misticismo cristiano y de poderes que superaban la misma medida del hombre, le habían dado una fama de santo y de mago. Su muerte es para contar como su vida: la esposa legítima contaba sus años en España, completamente separada de toda relación epistolar. Cuando le pareció que la edad significaba cercanía de la muerte, llegó de España a tiempo para "salvar su alma". Pacíficamente alejó la mujer que la había sustituido por muchos años, y, parece, sin injusticia porque no tenía interés de adueñarse del fruto de años de trabajo, lo recogió reconciliado con Dios el día en que cayó fulminado frente a la puerta del molino; y regresó a España, cumplida su misión, para cerrar sus ojos. La cruz resiste al tiempo, porque

está cavada en la roca como los canales. Allí nos arrodillamos los tres, y el Obispo de repente se levanta y mira alrededor. Tiene frente a sí el llano que se extiende hasta la base del Fátima, más alto de 6.000 metros; el llano ardiente que comunica su deseo permanente de agua y de frescura a la masa de nieve siempre acumulada en la cima inaccesible. Allí el Obispo vivió su Tabor; él, tan ajeno a los éxtasis místicos, se iluminó y predijo que desde esa piedra y desde ese momento iba a empezar un hecho muy importante para Argentina y para toda América Latina. El molino, restaurado justo para permitir vivir en él, fue centro de encuentros cálidos y fecundos, fue objeto de sospechas policíacas y de allanamientos, transmitió la tradición de sabiduría y de magia, difundió en el valle esperanza y temor, aparecía invitante y asustador al mismo tiempo, lugar de tramas subversivas, de encuentros diabólicos y de diálogo con el mundo de Dios. Ahora llora de nuevo su lento desmoronamiento, envidiando la inmortalidad de lo que el español cavó en la piedra.

La profecía del Obispo parece dispersada por el viento riojano que avanza furioso y majestuoso vestido de tierra, por la llanura hasta los Andes, hasta el paso famoso para Chile. En este tiempo de lucha fratricida, la profecía parece no superar este límite y ninguna voz de esperanza puede consolar al pueblo, porque ha llegado la hora de la sangre. Sin embargo, la historia no se detiene: todo está revuelto pero la historia no puede destruir la profecía. "Mis palabras no pasarán" dijo Jesús, aquellas palabras que los profetas tienen la misión de historicizar y de transmitir. Era necesario que este Obispo se fuera, que su inmensa humanidad, su carga de fe y esperanza fuese depositada en la tierra. Un hombre como el es verdaderamente creativo después de muerto y porque es muerto. Esto no lo sabrán nunca los que detentan el poder. Es la gran astucia de la historia -como diría Hegel- la de esconder la verdadera fuerza revolucionaria, la subversión realmente subversiva, en profetas desarmados. Que sean peligrosos es evidente y por eso los matan; cuánto la persecución y el asesinato los vuelva peligrosos, no es bastante evidente; y por eso los dictadores de todas las épocas no han encontrado otro remedio que el asesinato. El martirio, la cruz, oculta la verdadera vitalidad permanente de la historia. La historia de la tierra argentina, donde está sepultado este grano de trigo y con él tantos que he conocido que bajaron a la tierra cargados de profecía, es la historia de la liberación del continente, que se hace signo y punto de condensación. La historia de la independencia que caracterizó los primeros

treinta años del siglo diecinueve, tuvo sus puntos privilegiados y sus mártires más históricamente importantes, y sus profetas más célebres, como Bolívar. Ahora ese punto es Argentina.



Mons. Helder Câmara perseguido en Brasil.

COMO SE MATA LA VIDA

«Hermanos: los invito a que hagamos un alto en nuestra vida diaria; a modo de reflexión y evaluación personal y comunitaria, escuchemos la Palabra del Señor para poder discernir evangélicamente esta hora grave que vivimos. Pensemos cómo se mata la Vida...»

Quando el guerrillero nos sorprende con su cuota de muertes...

Quando las fuerzas «custodias del orden» nos sorprenden también con su cuota de muertes...

Quando mueren los niños por falta de pan y de medicamentos...

Quando matamos la alegría, la esperanza y el coraje por vivir...

Quando matamos las fuentes de trabajo...

Quando nos enriquecemos con la sangre del pobre, del débil, del «sin voz»...

Quando profanamos el templo de Dios —que es el hombre— con torturas físicas, morales y psicológicas...

Quando usamos hasta la misma «defensa de la fe católica» para lograr otros fines...

Quando no somos justos, solidarios, limpios de corazón, celosos en la defensa del recto uso de la libertad...

Mons. E. Angelelli